

con > vivencias

Marta Albaladejo Mur

Cartas después de la muerte

Octaedro 



Marta Albaladejo Mur

Maestra. Filóloga. Analista de la conversación. Psicoterapeuta y *coach*. Se ha especializado en comunicación interpersonal y oratoria. Ha ejercido como docente en primaria y en la Universitat Pompeu Fabra. Desde 1983 se dedica intermitentemente a la formación de profesorado. Desde 2002 se dedica al asesoramiento y al entrenamiento emocional. Puntualmente colabora con los medios de comunicación e imparte conferencias para padres y madres, con la voluntad de aportar su granito de arena a la educación emocional de niños y jóvenes. Su último libro es la obra colectiva *La formación emocional del profesorado* (Octaedro, 2018).

Cartas después de la muerte

Marta Albaladejo Mur

CARTAS DESPUÉS DE LA MUERTE

Traducción al castellano de:
Manuel León Urrutia

Octaedro 

Colección Con vivencias - 69

Título: *Cartas después de la muerte*

Título de la edición original: *Cartes a la mare* (Octaedro, 2019)

Traducción del catalán: Manuel León Urrutia

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda
del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: septiembre de 2024

© Marta Albaladejo Mur

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com

www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10054-90-5

Depósito legal: B 15736-2024

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Corrección: Xavier Torras

Realización y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

A mi hijo Arnau Pol Albaladejo (*in memoriam*),
y a todas las personas que aún le quieren.

Premià de Mar, 18 de septiembre de 2015

No sé si lo sabes, este año he optado por volver a vivir en Premià, después de veinte años de haberme ido de aquí con Arnau, mi único hijo, cuando me separé de mi segundo marido. Sí, han sucedido muchas cosas en este tiempo. Ahora vuelvo sola. No, sola no. Con el hijo del perro que teníamos cuando vivíamos aquí. La experiencia está siendo dura. Es como si aquí las calles, el mar, el aire, la arena de la playa, el campanario de Sant Cristòfol... me trajeran las palabras de Arnau. Así que he decidido transcribir sus mensajes y reproducírtelos aquí, a continuación.

Me gustaría transmitirte la realidad tal como es, con las palabras precisas y los hechos objetivos y concretos de este nudo que me oprime desde hace años, para que te hagas una idea de la complejidad de la situación. Gracias por tu apoyo. Siempre he admirado tu capacidad de análisis; tienes una mente privilegiada. Me tranquiliza pensar que leerás lo que Arnau me dice; así me podrás aportar una interpretación más ecuánime, yo solo soy su madre.

Puede que el trabajo que ahora inicio no nos lleve a una respuesta concluyente, quizá será como esas tesis doctorales que acaban demostrando que es necesario investigar más sobre el tema. Quizá sí. O quizá no. Puede que elabo-

rar todo este material y darle una forma que permita que alguien con tu sabiduría pueda hacerse una composición de lugar me ayude a cerrar este capítulo de mi investigación (¿o de mi vida?). Confío, pues, en tu buena voluntad, confío en que me ayudarás y pondremos el punto final, el desenlace, que va después del nudo de esta historia. O, como mínimo, que me plantearás, finalmente, la pregunta acertada.

Toda tesis necesita que un día le des carpetazo y digas: «Hasta aquí, se terminó». Se trata de un tipo de carpetazo que algunos llaman «madurez intelectual», y otros se refieren a él con el eufemismo de «sentido práctico».

¿Para qué quieres continuar años y años ampliando una tesis que, a medida que progresa, se va quedando anticuada? Si al final te ponen la misma nota por una tesis de 200 páginas que por una de 1000, ¿por qué motivo escribirías las 800 páginas superfluas? Con habilidad, es preciso convencer al tribunal de que no has escrito más porque no has querido, que has leído mucho (aunque nadie se cree que te hayas leído toda la retahíla de referencias bibliográficas que has ido engarzando con paciencia); ya se sabe que fingir que te las has leído es un arte indispensable para hacer carrera académica.

Te decía que, si quieres hacer una tesis, es necesario que simules ante el tribunal que estás al día de la literatura científica del paradigma en el cual te sitúas y que puedes aportarle tu granito de arena, aunque sea microscópico. Por eso, cuanto más tiempo pasas escribiéndola, menos al

día estás, dada la velocidad exponencial del ritmo al que se multiplican las publicaciones mundiales sobre el tema que has decidido abordar. Tu habilidad investigadora, entonces, también se mide según tu capacidad para poner el punto y final con cierta elegancia.

En fin, seguramente mi trabajo de transcripción de las cartas de Arnau te parecerá demasiado humilde, pero a mí no me ha sido fácil. No tiene ni punto de comparación con una tesis doctoral. Soy una investigadora modesta, que trabaja sin el apoyo de un departamento de investigación. Deseo que el análisis compartido de los textos nos permita compartir también nuestra visión de la compleja relación entre padres e hijos. Sé que me entiendes cuando digo que es compleja, muy compleja, por no decir complicadísima.

No sé si la recopilación de documentos que ahora te presento servirá para desenredar este embrollo. Pero, por lo menos, contaremos con una base común para hablar de él. Me encantará que digas la tuya, yo soy demasiado subjetiva.

Pensarte como lector tiene el objetivo egoísta de que este pensamiento me ayude a organizar el material y las lecturas sobre el tema de Arnau hasta un determinado momento, por ejemplo, el día que cumplió 36 años, ¿por qué no? En algún lugar hay que cortar. Me doy un año a partir de hoy, que habría cumplido 35 años. Se trata de cerrar el tema para que puedas leer un documento claro y ordenado. Así podré decir, por fin: «¡Basta, hasta aquí, se terminó!» y, quede como quede el nudo, seguir adelante con mi vida,

ahora ya fuera de la carrera universitaria. Y continuar con otras investigaciones sin llevar arrastrando este tema.

Para ponerte en situación, como hace ya muchos años que dejamos de vernos, te describiré el contexto socio-educativo en el que creció Arnau. Quedé embarazada entre, aproximadamente, la víspera de Reyes y el día de Reyes de 1980. Aquel día lo pasé con su padre yendo a comprar regalos para toda la familia, la suya y la mía. Él me compró un anillo, al día siguiente hacíamos la presentación oficial de las dos familias y nos disponíamos a crear la nuestra, con un almuerzo que quisimos que fuera exquisito, y que ahora no recuerdo exactamente cómo fue, pero que seguro que era un ágape con mucha verdura, muy sano y abundante.

El embarazo tuvo sus accidentes, que ahora no vienen a cuento, y Arnau nació a los ocho meses y medio de estar dentro de mí. El pediatra valoró que era necesario llevarlo a una incubadora, a pesar de que llegaba al peso mínimo para no tener que hacerlo. Yo opiné que no hacía falta la incubadora, pero mi opinión no sirvió de nada: yo me quedé unos días en la clínica donde había dado a luz, mientras que él fue transportado en un SEAT 127 por su padre y un amigo a la «Residencia», el Hospital Vall d'Hebró, a unos kilómetros de la clínica donde estaba yo. Los primeros días no pude ver a Arnau. Me fui sacando la leche de los pechos con una especie de ventosa que vendían en la farmacia, mientras él era alimentado con biberones por unas manos desconocidas dentro de una caja de plástico. Toda-

vía ahora, mientras lo escribo, se me revuelven las tripas. Pero, en fin, en el año ochenta las cosas se hacían así.

No quiero ponerme pesada con los detalles, que, si no, no seguirás leyéndome. El caso es que fui madre muy joven, con 20 añitos. Antes de que naciera Arnau, su padre y yo nos habíamos casado, para que, cuando llegara la criatura, encontrara una familia «normal». No sé si supimos lo suficiente como para construir una familia de esas «normales», o «estructuradas», como se llaman ahora. Visto desde el presente, yo era una adolescente y aquel buen hombre del cual me había enamorado locamente, y que era bastante mayor que yo, respondía más a mi deseo de tener el padre que me faltaba que a mi habilidad para escoger a un hombre con quien construir una familia sólida.

Continué estudiando mientras Arnau aprendía a masticar, andar, hablar y todo eso. Cuando obtuve el título de maestra, Arnau ya tenía casi dos años. Yo hacía los trabajos de la universidad y preparaba los exámenes mientras él dormía, o sea, por las noches, y durante sus largas siestas, que yo le dejaba hacer para poder estudiar más. Su padre trabajaba en casa, donde tenía el plató de fotografía y el laboratorio de blanco y negro. Seguro que no éramos una familia modélica, teníamos muchas carencias, pero he de decir que Arnau nació del amor, que su padre y yo nos quisimos mucho y que los dos lo amamos. Mi suegra, mi madre y mi hermana nos ayudaron a salir adelante. Te lo explico para que te hagas una idea de qué tipo de familia acogió a Arnau.

Cuando miro las fotografías, me sorprendo de lo joven que era, era una niña. Con 20 años era madre y vivía una vida de persona adulta, sin haber hecho nunca vida de adolescente. Con 22 ya encontré un trabajo en la universidad, ayudando a coordinar el reciclaje del profesorado que tenía que enseñar en catalán y no conocía lo suficiente la lengua. A los 23 aprobé las oposiciones y, cuando Arnau tenía tres años, empecé a trabajar de maestra en una escuela del Maresme. Esto complicó las cosas, dado que salía de casa muy pronto para ir hasta la estación a coger el tren de la costa. Arnau se quedaba en casa con su padre, que lo llevaba a la «guardería», como la llamábamos en aquella época. Todavía recuerdo los gritos de Arnau desde el balcón de la calle Ciutat, cuando me iba por la mañana a coger el tren...

Aquel curso nuestra relación de pareja se deterioró mucho, y no creo que ofreciéramos a Arnau un entorno de seguridad y estabilidad en sus primeros años, pero estábamos allí los dos, eso sí. Yo leía todos los libros de psicología evolutiva que me caían en las manos, le preparaba bañeras con infusiones de romero y le contaba un cuento cada noche antes de ir a dormir. Su padre jugaba con él mucho más de lo que yo había visto en mi vida a un padre jugar con un hijo.

Cuando Arnau aún no había cumplido los cuatro años, su padre y yo nos divorciamos. Hice todo lo que pude para que no se notara, lo que significa que no reconocí que era doloroso y que me sentía fracasada. Supongo que este fue el primer gran cambio en la vida de Arnau. Fuimos a vivir,

primero, a casa de mis abuelos, que se acababan de jubilar y que nos trataron de forma inmejorable. De aquella época nos quedó la costumbre de desayunar chocolate caliente los domingos. Ellos llevaban a Arnau a la «guardería» y lo iban a recoger los días que yo, cuando terminaba de la escuela, iba a dar unas clases para maestros para sacarme un sobresueldo. Fueron unos meses de descanso para Arnau y, sobre todo, para mí. El abuelo nos cocinaba unos manjares deliciosos y la abuela Rossita iba los sábados a la calle Parlament a buscar la mejor nata del barrio para desayunar.

El curso siguiente, cuando Arnau cumplió los cuatro años, ya podía venir a mi escuela. En 1984, la escolaridad empezaba a esa edad. Y yo me busqué una escuela en un pueblecito, en Arenys de Munt, donde Arnau podía venir conmigo al trabajo y no necesitaba canguros ni media pensión. En Arenys pasamos unos años muy felices, y estoy segura de que Arnau opina lo mismo, en la casa que él bautizó como la Casa de la Parra. Él salía al patio trasero de la casa, donde jugaba a lo que él llamaba «hacer arena fina»: hacer bolas de barro y dejarlas secar para jugar a canicas.

Más adelante conocí al hombre que sería mi segundo marido. Otra vez encontré a un hombre que me iba a hacer de padre, ya ves, ¡hasta qué punto he necesitado un padre! Yo lo veía un buen padre para los hijos de su primer matrimonio y me pareció que tenía la oportunidad de arreglar lo que se me había descompuesto: la familia. Y así, muy alegremente, fuimos a parar todos juntos a Premià: simplemente buscamos una casa a medio cami-

no de donde vivíamos los dos, que era en Premià de Mar, entre Arenys de Munt y Barcelona, y nos establecimos allí el primer día de agosto de 1986 con nuestros tres hijos, los dos suyos y el mío, como si fuésemos una familia «normal».

La experiencia me ha enseñado que la realidad no es tan simple: dos medias familias no forman una familia. Por fuera parecíamos como la familia de cuando yo era pequeña: un papá, una mamá y tres niños, que se llevaban tres años entre el primero y el segundo y tres más entre el segundo y el tercero. Arnau era el tercero de los tres hijos. Detrás de esa apariencia, aquello no era una familia, era, si me lo permites, una aberración. ¡Ay!, disculpa, no quería juzgar nada. Te copio a continuación las cartas de Arnau, mejor que hable él, a mí me cuesta mucho ser neutral. Quiero saber lo que piensas tú de todo esto.

Premià de Mar, martes 13 de octubre de 2015

¡Mira que eres tozuda, mamá!

¿Tú crees que era necesario volver a Premià? Ahora, que si tú quieres vivir en Premià, estás en tu derecho. Pero ya te lo dije unas cuantas veces: aquello de Premià ya era agua pasada, más valía no pensar más en eso. Y tú, venga, tozuda. Siempre diciéndome que si «esto no lo tienes superado», que si «las cosas se tienen que hablar»..., hasta tu «ya me lo dirás» del último día.

Y, claro, yo, digno hijo de mi madre, todavía más tozudo. Ya sabes que no he querido hablar nunca sobre lo de Premià. Nunca sabrás qué pasó, lo que no te dije. Descubrí muy pronto que no valía la pena hablar contigo; simplemente, no entendías nada. Y cuando, después de que mi canguro insistiera repetidamente, por fin me decidí a hablar con papá, ¿y él habló contigo?, pues tampoco. O no le escuchaste, o él no se supo explicar, o no entendiste nada, o él no había entendido nada. Con ocho años, yo ya sabía que no había nada que hacer.

Con nueve, ya supe que la única salida era la muerte. No me preguntes cómo llegué a esa conclusión, ahora no tiene más importancia: quizás capté en ti un secreto

deseo de acabar de una vez por todas con la desgraciada vida de supercoordinadora; o no, nunca me lo dijiste. Quizás fue un recorte de periódico que papá me había regalado cuando era más pequeño, y que no recuerdo cuándo lo entendí...

Las virtudes cuya esencia está constituida por la renunciación y la negación, son las que canallescamente te dicen que la vida no merece ser vivida.

CARLOS LUIS ÁLVAREZ, *Cándido*,
«El imperio rechazado», publicado en
El Periódico de Catalunya, el 19 de julio de 1984

Veo que lo has buscado y lo has encontrado, hay que reconocer que eres más ordenada que yo. La idea que el artículo sugería era no dominarse, o que la vida no valía la pena ser vivida; supongo que la idea que papá me quería transmitir a los cuatro años era que sí, que viviera, y que no me dominara, era una idea perfecta. Y, si quería llevarle la contraria a papá, pues bastaba con dedicarme a dominarme, hasta que no valiese la pena vivir la vida.

Dominarse a sí mismo es dar pábulo a la propia irritabilidad ante los impulsos e inclinaciones naturales. Es vivir en una perpetua desazón y desequilibrio.

(*op. cit.*)

Ya sé que este pensamiento suena un poco perverso, pero me daba poder; yo tenía todo el poder de ejecutarlo; era como una bomba de relojería que podía hacer explotar a voluntad, para que su onda expansiva os escupiera a todos, la «bomba mental» de las cartas del Magic.

O puede que la idea-bomba me viniera de las cosas que pasaban en Premià, las que nunca te quise contar, porque Premià ya era historia. Y nunca te las diré, ahora ya no tienen más importancia, es todo pasado.

El caso es que, cuando creía que ya te tenía encaminada, cuando por fin vivías una vida a tu medida, con un nuevo trabajo que te permitía comprender las cosas que no comprendiste conmigo..., liberada ya de la losa de acabar la dichosa tesis (he de reconocer que me gustaba la idea de mi nombre en la página de los agradecimientos, pero la vida es complicada, entiendo que no la hayas terminado)..., cuando ya estabas liberada del calvario de la universidad..., libre del novio que te había tenido ocupada los últimos años y libre de tantos novios y del agotamiento de encargarte siempre de alguien, desde hace treinta y cinco años..., en fin, cuando ya había conseguido que volviesses a Barcelona y dejases de ir por pueblos de mala muerte (mira que te lo decía: «Si nosotros somos de Barcelona, no somos de aquí», «si en Barcelona hay de todo, ¿no como en Premià, que no hay ni cine!; bueno... ya sé lo que me vas a decir: «Ahora vuelven a tener cine en Premià», ¡menos mal!, y ¡qué bonito ha quedado el centro la Amistad!), pues ahora que ya te tenía encauzada, va y vuelves a Premià, ¡después de veinte años!

Como si en Premià te estuviera esperando todo el mundo... ¡si no te recuerda nadie! Y la gente que se acuerda de ti puede que no te quiera ni ver. O les da igual verte o no verte, pero no te los encontrarás por la calle, no te llamarán ni te invitarán a su casa, ya has dejado de existir en Premià. ¿O qué te piensas? ¿Que el pasado se puede borrar? ¿Crees que puedes restaurar nuestra vida en Premià, como si restaurases una mesa?

¿Recuerdas la mesa que te regaló papá? La que mi padraastro, tu segundo marido, rompió, supongo que celoso. Tampoco la podrás restaurar. Lo siento, tengo que admitir que me alegré mucho de la hendidura en la cabeza del padraastro, cuando el roble durísimo de la mesa se astilló y la astilla rebotó en el techo. Le dio en la cabeza, como un *boomerang* que le devolvía toda la rabia con que te había roto la mesa de estudio de tantos años. Ahora todo eso ya no tiene ninguna importancia, mi padraastro también ha pasado a la historia, también está, como yo, al otro lado del nirvana.

Siempre te he conocido con ese afán de remover el pasado, de recordar, de recuperar, como papá; los dos habéis tenido esa manía de acumular libros antiguos, tebeos antiguos, muebles antiguos, juguetes que habían hecho felices a otros niños. Los dos me habéis llevado al mercado de Sant Antoni los domingos, como tu padre y su abuelo habían hecho con vosotros...

Pero ya lo ves, estás sola en casa, ahora que hace ya un tiempo de tu regreso a Premià. Ya ves que vas a la Viayna a comprar las cosas de farmacia y no conoces a nadie; que

vas a comprar al puesto de pescado donde vendían *nasari* y no hay ni rastro de *nasari*; que vas a comprar cordero adonde cada jueves iba yo a comprar el hígado de cordero, y no son los mismos; ni en la pastelería de la plaza están los del Petit. Ni la tienda de dietética donde te iba a buscar el pan de centeno tiene ahora pan de centeno, y se ha esfumado el hombre malhumorado que la llevaba.

Desde este lado de mi nirvana, te puedo ver haciendo pequeñas absurdidades que me enternecen, como cuando fuiste al mismo veterinario en el que habíamos pasado tantos momentos sufriendo por gatos y perros. Entrás, traspasas el umbral de la puerta, tropiezas penosamente y un golpe de viento provoca un portazo que te atrapa el dedo, que de pronto se te hincha como una haba, y sale de la trastienda «el» veterinario, el nuestro, el de siempre, con su bigotito, y te pone el dedo bajo un grifo de agua fría y lo aguanta mientras el dedo magullado y colorado va adquiriendo todas las tonalidades del azul, y tú, como una pánfila, mirándotelo. Te habrías lanzado a su cuello y le habrías suplicado un abrazo..., ¡qué desastre! ¿Para eso hacía falta volver a Premià?

Me llegas al corazón cuando te veo pasear por las calles de Premià, pasando una vez y otra por la calle Ramon Llull, por delante de la casa donde vivíamos, mirando si han dejado la marialuisa gigante que crecía en el jardín o el jazmín de al lado de la reja; no, no ha quedado nada del jardín que tanto regaste. Ahora te compras un jazmín y una marialuisa y te los pones en macetas en el balcón

del piso donde vives, y algunas noches de verano los rocías con agua de una botellita de esas del «todo a cien» para recordar el olor de cuando salías a regar el jardín con la manguera y los olores del jazmín y la marialuisa entraban mezclados por la puerta del comedor. Ahora rocías las macetas del balcón y el olor se queda en el balcón, no te llega a la mesa del comedor como antes...

Es inútil todo ese esfuerzo de reconstrucción, mamá, no volveré a tener cinco años ni a suplicarte: «¿Cuándo nos iremos de vacaciones?». Fueron unas vacaciones, las pasadas en Premià, a golpe de silbato, como si estuviéramos en un campamento militar. Entonces, cuando tenía cinco años, todavía estabas a tiempo de salir por piernas del cuartel improvisado donde nos habíamos metido; ya habías quemado las naves, habías dejado la casita de Arenys de Munt, nuestra primera casa, la Casa de la Parra, para la cual habíamos comprado las tres primeras golondrinas de cerámica negra. Ya habías dejado la parra, la cajonera de mármol, el olor de leña de encina ardiendo en la estufa, tu ropa *hippy*, que tu marido no quería ni ver..., pero podías buscar cualquier sitio de alquiler para los dos e intentar reconstruir el paraíso perdido de Arenys, nuestra Sinera.

Si has venido a Premià por nostalgia, te has equivocado; aquí solo hay recuerdos inútiles, dolor reprimido, lágrimas controladas, superarlo te costará mucho. Siempre pensando que eres una *superwoman*... Esta mamá... Si querías recordar los años felices, si pretendías rememorar nuestro amor, la libertad de empezar de nuevo, la esperanza de un

futuro mejor, el lugar era Arenys de Munt, o quizás Arenys de Mar, cerca del cementerio de Sinera, allí donde nuestros corazones siempre estarán juntos, allí donde tantas veces has vuelto, delante de los versos de Espriu... «soñando mares en calma, la claridad de Sinera», oyendo a Marina Rossell cantando a la «gaviota voladora» en el entierro de Espriu..., viendo cómo las nieblas bajan desde la abuela «Muntala»... Allí estará siempre nuestro paraíso.

<i>Prólogo. Premià de Mar, 18 de septiembre de 2015</i>	9
Premià de Mar, martes 13 de octubre de 2015	17
Premià de Mar, lunes 19 de octubre de 2015	25
Premià de Mar, 29 de octubre de 2015	31
Premià de Mar, 16 de diciembre de 2015	33
Premià de Mar, 27 de diciembre de 2015	35
Premià de Mar, 1 de enero de 2016	39
Premià de Mar, 5 de enero de 2016	43
Premià de Mar, 7 de febrero de 2016	47
Premià de Mar, 7 de marzo de 2016	53
Premià de Mar, lunes de Pascua, 28 de marzo de 2016	57
Premià de Mar, 22 de mayo de 2016	61
Premià de Mar, 7 de agosto de 2016	65
Premià de Mar, 15 de agosto de 2016	71
Cadaqués, 22 de agosto de 2016	77
Premià de Mar, 25 de agosto de 2016	81
Premià de Mar, 27 de agosto de 2016	87
Premià de Mar, 28 de agosto de 2016	91
Premià de Mar, domingo 4 de septiembre de 2016	99
<i>Epílogo. Premià de Mar, 18 de septiembre de 2016</i>	105

con > vivencias

- El filósofo desnudo
Alexandre Jollien
- Fragilidades
Jose M. Asensio Aguilera
- La humanización del duelo
Carme Serret Vidal,
Jose M. Asensio Aguilera
- Soy adulto, soy adoptado
Cristina Negre, Montserrat Freixa,
Anna Cruañas
- Derechos frágiles. Autobiografía
de una generación de mujeres
Gemma Lienas
- La sabiduría del corazón. Pensar las
emociones, sentir los pensamientos
Luigina Mortari
- Si cada vez sabemos más, ¿por qué
no somos más felices?
Amalia Marugán Guijo,
Silvia Bautista Meruelo
- Yoga para el corazón
Marisa Barros
- ¿Adictos o amantes? Claves para
la salud mental digital en infancias
y adolescencias
José R. Ubieto

Cartas después de la muerte

En 1998, un chico de 17 años se suicida. Este texto es la recopilación de las cartas que el hijo escribe a la madre desde el más allá, cuando ella decide volver a vivir en Premià, donde habían vivido cuando el hijo era pequeño.

Este libro no va sobre el suicidio juvenil, ni sobre la salud mental, ni sobre el duelo, ni sobre la educación, ni sobre el poder de la palabra. Pero todo esto está presente.

¿A quién puede interesar?

- A personas que hayan sufrido el suicidio de un ser querido.
- A jóvenes y adultos que en algún momento hayan pensado seriamente en el suicidio como alternativa.
- A profesorado de todos los niveles educativos, psicólogos, psiquiatras, pedagogos, psicopedagogos, psicoterapeutas, trabajadores sociales...
- A padres y madres de hijos adolescentes, preadolescentes o postadolescentes.
- A cualquier persona con ganas de disfrutar de un texto hecho de intimidad y sentimientos.

Si desea más información
o adquirir el libro
diríjase a:
www.octaedro.com

